

# Sociedad civil y neocomunitarismo en América Latina

**T**ras el triunfo del neoliberalismo económico sobre el socialismo real, y amortiguado el auge de la teología de la liberación, cabe preguntarse si hay algún lugar para la utopía igualitaria y la reflexión teológica sobre la justicia social. El autor del siguiente estudio vislumbra semillas de vida y antídotos contra la muerte en el tercer mundo, especialmente en Iberoamérica: enumera y desarrolla el neocomunitarismo de base, los nuevos movimientos sociales, las redes de solidaridad, la ética de los derechos humanos y las comunidades de naciones como alternativa la liberalismo global rampante.

Juan Carlos Scannone, S.J.\*

## Introducción

**E**N junio de 1992, a 20 años del «lanzamiento» de la teología de la liberación en España y en Europa, se tuvo el

\* Profesor en la Facultad de Teología San Miguel. Buenos Aires (Argentina).

segundo Encuentro de El Escorial (1). Los tiempos y el temple de ánimo habían cambiado. Pero no el compromiso con los pobres de América Latina –más necesitados aún que 20 años antes–, ni tampoco la seriedad de una reflexión teológica que pretende iluminar críticamente la praxis histórica a la luz de la Palabra de Dios.

Entre tanto se habían dado la caída del muro de Berlín, la implosión de la URSS, el fracaso del llamado «socialismo real» y la autoproclamación del neoliberalismo como la única alternativa viable, De ahí que el entusiasmo pre-revolucionario de muchos hubiera cedido lugar a la *perplejidad* ante la aparente carencia de «utopías liberadoras realizables». Pues la función de éstas es servirle a la praxis cristiana como mediación entre la esperanza escatológica (que espera contra toda esperanza) y la realidad histórica estructuralmente necesitada de transformación según el Evangelio. Hoy las estructuras de pecado no están signadas sólo por la opresión, sino también por la *exclusión* de las mayorías: las mayorías populares de los pueblos del Tercer mundo y la mayoría de los pueblos de un mundo en proceso de globalización.

Pues ésta no se desenvuelve de hecho en forma neutra, sino teñida por la ideología de las políticas neoliberales cuyos motores son la liberalización, la privatización y la desregulación. Como éstas son frecuentemente absolutizadas, provocan o, al menos, agudizan el desempleo estructural y la ya mencionada exclusión de clases y de naciones enteras.

Sin embargo, el Espíritu del Señor Resucitado sigue obrando en la historia, creando vida en circunstancias de muerte. Discernir su acción puede orientar la praxis cristiana latinoamericana y ofrecer un nuevo punto de partida a la *reflexión* teológica que la *reflexiona*. Se trata, entonces, de interpretar cristianamente los signos de los nuevos tiempos. Walter Kasper indica uno de los criterios más elementales y, sin embargo, más fundamentales: «*siempre donde surge algo nuevo, siempre donde se despierta la vida y la realidad tiende a superarse extáticamente a sí misma..., se muestra algo de la eficacia y la realidad del Espíritu de Dios. El Concilio Vaticano II ha visto esa eficacia universal del Espíritu no sólo en las religiones de la humanidad sino también en la cultura y en el progreso humanos*» (2).

Según mi opinión, los caminos de respuesta a la situación actual están como en germen en la realidad misma, tanto promovidos –según quedó

(1) Ver, respectivamente: Instituto Fe y Secularidad, *Fe cristiana y cambio social en América latina. encuentro de El Escorial*, 1972, Salamanca, 1973; J. Comblin-J.I. González Faus-J. Sobrino (comps.), *Cambio social y pensamiento cristiano en América Latina*, Madrid, 1993.

(2) Cf. W. Kasper, *Der Gott Jesu Christi*, Mainz, 1982, p. 279 ss.

dicho— por el mismo Señor de la historia, como, bajo su acción liberadora, por el hombre que busca realizar en ella una vida más plenamente humana. Por lo tanto, no basta con criticar legítimamente el actual estilo neoliberal de globalización, promotor de mayor injusticia y marginación estructurales, y que consolida las hegemonía y constelaciones de poder. Además, es necesario descubrir, indicar y fomentar los fermentos de vida también ya existentes, pues muestran posibilidades alternativas reales, aunque sea sólo en germen.

## Semillas de vida y antídotos contra la muerte

SE están dando hoy en el mundo que se globaliza y, en particular, en América Latina, signos de los tiempos e indicadores de posibilidades reales de mejores tiempos. Entre ellos pueden enumerarse los siguientes: el proceso de las conciencias y las instituciones hacia una cada vez mayor *democratización*; la emergencia de la *sociedad civil* ante la crisis del Estado Providencia y ante la absolutización del mercado; el *neocomunitarismo de base*; los nuevos *movimientos sociales*; el fortalecimiento del *Tercer sector* (ONGs, etc.) y de sus *redes de solidaridad*, aun mundial; el nuevo *imaginario cultural* y el *éthos de los derechos humanos*, a los que los fenómenos recién citados dan cuerpo social; la formación de *comunidades de naciones* para afrentar mejor la globalización, etc. Todo ello parece responder a un *nuevo paradigma* cultural que pide, por consiguiente, un paradigma renovado de comprensión teórica tanto en el nivel de la filosofía y las ciencias humanas y sociales, como en el de la teología.

En las partes siguientes de mi exposición iré hablando de cada uno de esos fenómenos que he enumerado, en cuanto es posible distinguir unos de otros, pues la mayor parte de ellos están intrínsecamente interenlazados. En general, corresponden al hecho sociocultural aludido con el título del presente artículo.

## Democratización y «éthos» de los derechos humanos

EN gran parte del mundo, pero ciertamente en América Latina, las dolorosas experiencias de regímenes autorita-

rios (especialmente militares); el fracaso del comunismo, los nacionalismos fascistoides y los populismos; y —cuando se dio— la lucha entre el terrorismo guerrillero y el represivo, o terrorismo de Estado, han logrado que la conciencia ciudadana opte por la *democracia*, aun la así llamada «formal». Y que, de hecho, las instituciones se hayan ido democratizando, aunque en forma a veces todavía frágil y no en todos los niveles.

A eso corresponde, en el nivel tanto universal como regional, un *éthos de los derechos humanos*, que no defiende solamente los derechos cívicos y políticos, sino que se hace cada vez más sensible a los socioeconómicos, sociales y culturales. Está como en búsqueda de la democratización total, incluida la económica, que no implica el rechazo del mercado, sino por el contrario un ambiente de mercado que sea genuinamente democrático. En esa línea está la distinción que hace Juan Pablo II en *Centesimus Annus* entre la economía libre —en la cual el mercado debe ser un instrumento al servicio del hombre y de todos los hombres—, y una «ideología radical de tipo capitalista» (CA 42), que el mismo Papa denominó en La Habana: «neoliberalismo capitalista» (3).

Estimo que se trata de un proceso *global* (de democratización) y de un *éthos* cultural global, que alientan la refundación democrática de la política y de la economía.

## Nueva emergencia de la sociedad civil

**P**OR diferentes razones, el Estado de bienestar (*Welfare Stat*) está en crisis, pero el mercado autorregulado ha mostrado que es incapaz de responder a ésta con su «mano invisible». De ahí que se esté dando actualmente un fenómeno nuevo: la emergencia de la *sociedad civil*, como distinta del Estado y del mercado, la cual intenta responder a dicha crisis (4).

Ese fenómeno continúa, en un nivel mundial, la reacción que la misma sociedad civil y/o la sociedad política habían iniciado en décadas anteriores, ya sea en favor de los derechos civiles (v.g., en USA: los de la población de color) o contra los autoritarismos. Son ejemplos de reacción contra estos últi-

(3) Cf. *L'Osservatore Romano* (ed. semanal en español), 30 de enero 1998.

(4) Cf. D. García Delgado, *Estado y Sociedad. La nueva relación a partir del cambio estructural*, Buenos Aires, 1994; G. Farrell (et al.), *Argentina, tiempo de cambios. Sociedad, Estado y Doctrina Social de la Iglesia*, Buenos Aires, 1996.

mos: el movimiento *Solidaridad* en Polonia y otros de Europa Oriental (Hungría, la República Popular Alemana, etc.), la resistencia civil en Filipinas, o distintos movimientos por la democracia o los derechos humanos en América Latina durante las dictaduras militares (por ejemplo, en el Cono Sur: Chile, Argentina, etc.) (5)

Pero ahora, ya terminados los regímenes autoritarios, dicho protagonismo de la sociedad civil se sigue prolongando, con altibajos, en el nuevo contexto de democracia formal. Me refiero sobre todo al neocomunitarismo y a otros movimientos sociales, como son los orientados, respectivamente, al fortalecimiento de lo local, y del así llamado «tercer sector». De ellos hablaré a continuación.

## El neocomunitarismo de base

ESTE nuevo *comunitarismo* o *neosociacionismo* se está dando, más menos, con avances y retrocesos, en todas las dimensiones de la vida social (6). Con respecto a la dimensión religiosa, ya Medellín y Puebla señalan el surgimiento de las comunidades eclesiales de base, a las que habría que añadir distintos grupos pastorales (de jóvenes, de hombres, de mujeres, mixtos, que muchas veces reemplazan la antigua Acción Católica), grupos carismáticos de oración, círculos bíblicos, etc. Ellos evidencian un fuerte protagonismo laical y femenino, muestran un fuerte sentido de comunidad, frecuentemente generan compromiso social, a veces, aun con repercusiones políticas. Tal actitud nueva religiosa se transfiere, además, fácilmente a otros campos de la vida y convivencia, convirtiéndose así en una manera espontánea de evangelizar la cultura en sus distintas dimensiones, aun en la política.

En lo económico el pueblo no pocas veces reacciona en forma comunitaria y autogestionaria ante la situación creada por políticas neoliberales: microemprendimientos comunitarios, pequeñas empresas de trabajadores, pre-cooperativas, huertas comunitarias, «comprando juntos», distintos tipos de comités de desocupados, etc. Algunos científicos sociales, como el chileno Luis Razeto, detectan en esas organizaciones nuevas no sólo un factor de

(5) Cf. J. Cohen-A. Arato, *Civil Society and Political Theory*, Cambridge (Mass.)-London, 1992.

(6) La expresión «neocomunitarismo» la tomo de Daniel García Delgado. Ver mi trabajo (con bibl.): «El comunitarismo como alternativa viable», en: L. Mendes de Almeida (et al.), *El futuro de la reflexión teológica en América Latina*, Bogotá, 1996, 195-241.

importante relevancia *económica*: el factor «C» (o factor «comunidad»), sino que lo plantean a éste como base para repensar la misma ciencia y la praxis económicas (7). (En el orden económico habría que mencionar, además de dichas asociaciones de base, también otras multisectoriales, como las de usuarios, consumidores y otros afectados por el sistema).

En lo social y cultural se trata, respectivamente, de otras instituciones libres del pueblo —como son las sociedades barriales de fomento, las cooperadoras escolares, los comedores infantiles, etc.—, así como de nuevos tipos de educación formal e informal, programas de alfabetización, radios barriales y populares de frecuencia modulada, etc.

Pues bien, podría parecer que tales cambios en las actitudes y organizaciones populares religiosas, económicas, sociales y culturales no tienen nada que ver con la refundación de lo político. Sin embargo no es así, pues ahí se está dando el germen de una nueva actitud —crítica, solidaria, comunicativa, participativa, autogestionaria—, transferible también a la vida política en sentido estricto y a las organizaciones políticas, si éstas quieren enraizarse en la sociedad civil, confiriéndole una adecuada mediación política. Pus sin ella (partidos, parlamento...), aquélla no podrá mostrar toda su eficacia histórica.

En cambio, pareciera que en lo estrictamente político se nota menos esa «irrupción de lo social», debido a la desconfianza ciudadana en los partidos tradicionales y los políticos profesionales. Sin embargo no sólo se da en América Latina el fenómeno de partidos vecinales, sino también el de nuevos liderazgos políticos, nacidos de organizaciones populares, como en Brasil, o de otros ámbitos de la cultura, como el artístico, el deportivo o el del movimiento por los derechos humanos, por ejemplo, en la Argentina. Pero, sobre todo, aquí y allá parece estar surgiendo «un nuevo modo de hacer política», que corresponde al paradigma cultural participativo que, según dijimos, comienza a darse en la sociedad civil. De eso hablaré más abajo.

Por otro lado, las redes de organizaciones sociales, cuando se hacen bien amplias y conscientes de sí mismas, así como algunos movimientos sociales que son fuertemente conflictivos (como algunos de los que trataré en seguida), van adquiriendo un indudable peso político, que es posible hacer valer.

(7) Entre las numerosas obras de Razeto, ver: *Economía de solidaridad y mercado democrático*, 3 tomos, Santiago (Chile), 1984-1985-1988; id. (et al.), *Las organizaciones económicas populares 1973-1990*, Santiago (Chile), 1990.

## Los nuevos movimientos sociales

EL hecho de los *nuevos movimientos sociales* no es privativo de América Latina, En el Primer mundo se han hecho famosos el ecologista, el pacifista, el feminista. En algunos casos, como en Alemania, el primero ha tomado importancia política partidista: los «verdes». Últimamente en Francia el movimiento de los desocupados hizo sentir su enorme potencia y echó un pulso al poder político. Todos estos movimientos surgen de la sociedad civil que reacciona ante el Estado y el mercado, en interrelación conflictiva y reivindicativa con los mismos. La mayoría de ellos tiene una composición social policlasista y multisectorial. Y, como ya se dijo del comunitarismo, también en ellos —no sólo en el feminista— se redescubre el rol social de la mujer.

En nuestra América, dicho neocomunitarismo, que se está agrupando en redes, puede considerarse uno de esos movimientos, aunque más bien de base. En numerosos países latinoamericanos se dan además otros tipos de movimientos: de autoevaluación de las etnias y culturas *indígenas*, de *Acción ciudadana* (v.g. en Brasil), o, por ejemplo, en la Argentina, *por los derechos humanos* (las madres y abuelas de la Plaza de Mayo), por la *justicia* (exigiendo el esclarecimiento de crímenes, como el de María Soledad, que hizo caer al gobierno provincial de Catamarca, o el del periodista Cabezas, de gran repercusión en la política nacional y en la provincial, de Buenos Aires), movimientos de *desocupados* o de *jubilados*, contra el retraso en el pago de los sueldos, *contra la corrupción*, en favor de los *espacios verdes*, etc. La sociedad civil lucha entonces por intereses *universalizables*, que tiendan a mediarse a través de la sociedad política. Pero no pocas veces se trata ya de una política inspirada en la sociedad civil y usando nuevos procedimientos. Así se no señala entonces el camino hacia una recompreensión de lo político.

En los últimos tiempos han cobrado vigencia no sólo social, sino también política, el movimiento de los *sin tierra* en el Brasil y el *movimiento zapatista de liberación nacional*, en México.

Este, al parecer, comenzó siendo un movimiento indigenista local y adoptó formas militares (el Ejército Zapatista), pero actualmente se va extendiendo, como movimiento, a todo el territorio mexicano y a los distintos estratos sociales, no adoptando métodos violentos sino políticos. Así es como propugna el arriba mencionado «*nuevo modo de hacer política*», no según la practican frecuentemente en América Latina los partidos tradicionales, sino desde abajo, en forma dialógica y participativa, a través de una extensa red de comités intentado llevar a la práctica el principio de «mandar obedecer».

ciendo». Si esto es de hecho así, se estarían refrendando allí la razón y la praxis políticas; y si no fuera así, ya el mismo planteamiento que están haciendo parece indicar pistas en la dirección de un paradigma nuevo.

Parece como si fuera el intento de poner en acción la comprensión *comunicativa del poder* y de su origen, que influyó en la independencia iberoamericana a través de la doctrina de Francisco Suárez, uno de los padres de la democracia moderna, y que hoy cobra nueva relevancia gracias al humanitarismo político de Hannah Arendt y a su interpretación comunicativa de parte de Jürgen Habermas. Según mi opinión, esa concepción teórica es apta para interpretar el nuevo paradigma sociocultural y para refundar desde un genuino espíritu democrático la razón, la actividad y la ciencia políticas.

### Tercer sector y sociedad civil global

OTRO fenómeno social que muestra el surgimiento de la sociedad civil es el del *voluntariado* y de las redes de agrupaciones voluntarias nacionales e internacionales, que suelen identificarse con el *tercer sector*, a saber, la enorme cantidad de asociaciones sin fines de lucro, de Organizaciones No Gubernamentales (ONGs) de todo tipo, y de distintas formas de redes más o menos informales en el nivel internacional. Muchas de esas organizaciones están promovidas por las Iglesias cristianas, han logrado una representación ante las Naciones Unidas y han ayudado a promover conferencias internacionales como las de Copenhage, Río o Pekín. Aunque pareciera que el influjo político real de esas conferencias en los Estados ha sido mínimo, sin embargo, no hay que subestimar su influencia cultural en la opinión y sensibilidad públicas.

De ese modo se está creando lo que Ricardo Petrella y el Grupo de Lisboa llaman: la «*sociedad civil internacional*» (8) y su conciencia colectiva propia. Por consiguiente, se trata verdaderamente de *globalización*, pero ya no de los mercados, sino de la misma sociedad civil y de ciertos valores fundamentales mínimos. Según creo, estos están centrados en la dignidad del hombre y en el que se puede llamar «*éthos* de los derechos humanos», que, aunque se interpreten a veces en formas muy distintas, apuntan a un núcleo de coincidencias éticas básicas, reproduciendo de alguna manera el *jus gentium* de la escuela española, y estando en coincidencia de principio con la enseñanza social cris-

(8) Cf. Grupo de Lisboa bajo la dirección de R. Petrella, *Los límites de la competitividad. Cómo se debe gestionar la aldea global*, Buenos Aires, 1996.



tiana. Esa sociedad civil internacional que está surgiendo y reafirmandose, está como a la espera de estructuras e instituciones políticas supraestatales que le sirvan de mediación y la representen ante los riesgos y desafíos mundiales y la globalización de las finanzas y los mercados.

## Hacia la gestión local

**P**ERO el proceso de emergencia de la sociedad civil se muestra sobre todo en el nivel *local*, aunque tienda a globalizarse a través de redes. Se trata de un fenómeno mundial que toma en Latinoamérica características culturales propias.

Quizás como contrapartida a la globalización se está también dando el fenómeno de «localización» y «regionalización», y movimientos que ponen su énfasis en éstas. Todos esos son índices de la actual crisis del Estado-nación moderno. Así es como se subraya el papel de las nacionalidades, las culturas particulares y las etnias; se disuelven —al menos parcialmente— estados multiétnicos (la ex-URSS o Yugoslavia), se acentúan los regionalismos (catalán, vasco, escocés, de la Padania...), se redescubren las culturas y lenguas diferentes y/o aborígenes, injustamente perdidas (aymara, quechua, guaraní...), cobran nuevo incremento el desarrollo y la gestión locales, las ciudades, lo municipal, lo diferente.

Ahora sólo quisiera anotar algunas de las implicaciones de esos fenómenos relacionados con la emergencia de nuevos sujetos sociales y con la recomposición más democrática de lo político. Así es como muchas veces se va logrando una articulación nueva entre lo privado, lo público no estatal y lo estatal municipal, dando un papel público a las organizaciones intermedias, poniendo así en práctica la participación activa, la libre asociación y la subsidiaridad. En ese mismo espíritu se tiende a descentralizar las competencias: educación, salud, vivienda, seguridad, confiándolas más al nivel municipal o intermunicipal (de municipios conectados según ejes culturales o económicos).

Se insinúa entonces una visión no partidaria de la política, que tiene en cuenta las redes existentes en la sociedad civil, la participación ciudadana y comunitaria, y la formación de un consenso no ideológico sino basado en intereses comunes y universalizables, y en un proyecto común de ciudad o de región. De ese modo se debilitan las motivaciones partidarias o sindicales, dando lugar a otros intereses; económicos, culturales y sociales. Se crean nuevos liderazgos locales. Se va pasando progresivamente, en el nivel local,

de una racionalidad burocrático-administrativa a otra que podríamos denominar gubernativo-gerencial y comunicativa. Los valores buscados provienen entonces «desde abajo, es decir, desde la sociedad civil y su cultura, y no «desde arriba», desde quienes tienen poder de coacción (9).

Además, en países o regiones donde hay tradición indígena (Bolivia, Chiapas) se vincula el gobierno municipal, con los «usos y costumbres» comunitarios ancestrales y con la interculturalidad. Claro está que no se trata, ni siquiera en lugares privilegiados, de hechos totalmente consumados, sino de una megatendencia. Por otro lado, existe el peligro de que la distribución espacial de esa democratización local no sea equitativa, si el Estado, subsidiariamente, no la promueve también donde la sociedad civil todavía no tiene la suficiente iniciativa o los recursos necesarios para llevarla a cabo.

## Un nuevo imaginario cultural

**P**OR consiguiente, tanto en el nivel local, como en el nacional, regional e internacional, la emergencia de la sociedad civil está dando cuerpo social a un *imaginario cultural nuevo*, distinto del revolucionario y socialista del fin de los sesenta y los setenta, pero también diferente del imaginario neoliberal individualista y consumista. Pedro Trigo lo vincula con el futuro de la teología de la liberación, en continuidad profunda, pero también en cierta ruptura con el que esa teología había contribuido a crear en buena parte de los cristianos latinoamericanos (10).

Ese imaginario nuevo se ubica en la vida cotidiana, pero no considerada como privada, sino en sus dimensiones sociales y públicas; no lo espera todo del Estado, de los políticos o de la toma del poder, ni tampoco del mercado, sino que tiende a valorar la iniciativa personal, comunitaria y solidaria, la autogestión y la coparticipación; es democrático: prefiere una subordinación piramidal, pero también al individualismo competitivo; se basa en lo voluntario y el consenso, y no tanto en relaciones tradicionales de parentesco, compadrazgo o vecindad, ni tampoco en relaciones meramente funcionales. Muchos de sus elementos constitutivos han sido influenciados por la con-

(9) Cf. D. García Delgado (comp.), *Hacia un nuevo modelo de gestión local. Municipio y Sociedad Civil en Argentina*, Buenos Aires, 1998.

(10) Cf. P. Trigo, «Imaginario alternativo al imaginario vigente y al revolucionario», *Iter. Revista de Teología* (Caracas), 3 (1992), 61-99; id., «El futuro de la teología de la liberación», en: J. Comblin (et al.), op. cit., 297-317.

cepción cristiana de la vida o están en profunda consonancia con ella. Pueden, además, ofrecer la base cultural para la deseada refundación democrática de la razón y praxis políticas, tanto en el nivel local como en el nacional, en el continental y en el mundial.

## Cambio en el paradigma de comprensión

**T**ODOS los fenómenos socioculturales arriba mencionados están mostrando el surgimiento o la posibilidad de surgimiento de un nuevo *paradigma cultural*, signado por la comunicación. De hecho los filósofos hablan hoy del «*linguistic turn*», o giro hacia el lenguaje, que sería comparable con el «giro copernicano» («*Kopernikanische Wende*») hacia la subjetividad moderna, que señaló el paso de la premodernidad a la modernidad. Ahora se estaría pasando del centramiento en el sujeto individual (el *Ego cogito* moderno) hacia la «*comunidad de comunicación*», que es ética, social y pública desde el *vamos*: hecho fundamental para la refundación de lo ético, lo social y lo político (11), y que tiene una íntima relación con el sentido comunitario y personalista de la vida, como lo inspira la comprensión cristiana del hombre.

Es así como, por ejemplo, la actual escuela de Frankfurt, con Habermas y Karl-Otto Apel –con numerosos seguidores en España y en América Latina–, redescubre la *racionalidad comunicativa*, plantea una ética comunicativa que exige tener en cuenta a todos los afectados por la acción, y –resumiendo desde la filosofía política de Hannah Arendt la teoría estratégica del poder según Max Weber, que es la actualmente vigente– desarrolla un *concepción comunicativa del poder político* (12).

Según este planteamiento el poder se origina en el *actuar juntos y querer juntos*, y a eso se subordina el uso estratégico del mismo (es decir, la relación mando-obediencia y la lucha por el poder), aunque estos aspectos sean también concebidos como constitutivos de lo político.

Como lo dije de paso más arriba, así se retoma sin saberlo, en el nivel de la conciencia filosófica y política actual, la teoría democrática de Francisco

(11) Cf. M. Olivetti, «El problema de la comunidad ética», en: J.C. Scannone (comp.), *Sabiduría popular, símbolo y filosofía. Diálogo internacional en torno de una interpretación latinoamericana*, Buenos Aires, 1984, 209-222.

(12) Acerca de esa lectura de Arendt, cf. J. Habermas, *Philosophisch-politische Profile*, Frankfurt, 1987, p. 228 ss. Ver también: P. Ricoeur, *Soi même comme un autre*, París, 1990, p. 227-230.

Suárez, y su distinción entre el contrato social («actuar y querer juntos») como origen y principal constitutivo del poder) y el pacto constitucional o de gobierno (que corresponde a la relación mando-obediencia) (13). La teoría suareziiana está en la base de muchos planteamientos de los padres de la independencia latinoamericana, como Simón Bolívar, los próceres de la Revolución de mayo en el Río de la Plata, del Alto Perú, de Chile, etc. Y da la base filosófica al principio mencionado de «mandar obedeciendo».

## Las comunidades de naciones

VEO una profunda relación de lo dicho con otro fenómeno que parece ser también un signo de los tiempos y ofrecer posibilidades de alternativa a la globalización neoliberal. Me refiero al hecho político-económico-cultural de la formación de *comunidades de naciones*, tales como la Comunidad Europea, con la cual se responde al contexto de mundialización desde el ámbito supranacional, macroregional y continental. Ya no se trata sólo de la sociedad civil sino también de los Estados y los mercados, pero según un imaginario paralelo al que hemos detectado en la primera, y según la lógica no del conflicto o la mera competencia, sino ante todo de la comunicación y la cooperación, de acuerdo al nuevo paradigma arriba mencionado (14).

En nuestra América se dan también distintos esfuerzos en ese sentido, por ejemplo, el del Mercosur, en el que muchos ven un nuevo escenario no sólo como mercado común, sino como una comunidad de naciones en todos los ámbitos: económico, social (v.g. sindical o de acción ciudadana), cultural (por ejemplo, educacional), religioso (aun teológico), y por supuesto, político. Esa solidaridad entre naciones hermanas, interior a América Latina, puede reeditar la idea de toda América Latina como la «Patria grande», según el sueño de San Martín o de Bolívar, llevando a la práctica la propuesta artiguista de una «confederación de los pueblos libres». Es una manera política de responder continentalmente a los desafíos de la globalización. Aún más, puede ser un paso hacia la colaboración mundial en vistas del bien común global, a pesar de los inevitables conflictos de intereses. Habrá que imaginar las instituciones políticas que den sustento a esa nueva «visión»

(13) Ver mi artículo: «Los social y lo político según Francisco Suárez. hacia una relectura latinoamericana actual de la filosofía política de Suárez», publicado en *Stromata* 54 (1998).

(14) Así lo interpreta el Grupo de Lisboa en el libro ya citado.

emergente del imaginario colectivo internacional y a un nuevo derecho de gentes.

## A modo de conclusión

TANTO la acción como la reflexión cristianas (aun la teología liberadora) en América Latina pueden encontrar orientación en el discernimiento de esos elementos positivos que se están dando en la sociedad y la cultura. Así es como he ido señalando nuevos actores sociales que están surgiendo *en la sociedad civil*, en especial, *entre los pobres* y entre quienes optaron por ellos, aunque no sólo allí. Y he detectado la emergencia de un nuevo sentido de *comunidad* basado en el consenso, la participación, la autogestión y la comunicación. A la luz de la fe es posible allí la acción de Espíritu de Dios.

Se puede hablar entonces de un *comunitarismo nuevo*, porque, con un espíritu semejante pero no idéntico al tradicional basado en relaciones «naturales» de raza o parentesco, se trata ahora de «organizaciones *libres* del pueblo», en las cuales la autonomía y la autorreflexividad de las *personas* cobran una especial relevancia, que tienen un carácter *público*, fuertemente *participativo y democrático*, se basan frecuentemente en intereses *universalizables*, no pocas veces poseen un carácter *plural* sin desmedro de la unidad y la solidaridad, saben organizarse en *redes*, que llegan hasta el nivel internacional, como respuesta nueva ante la crisis del Estado moderno, la amenaza de un mercado absolutizado y el proceso mundial de globalización.

Seguramente no son éstos los únicos signos de los tiempos que señalan surgimiento y crecimiento de vida, Y, por otro lado, desgraciadamente, ellos están asediados por otros factores, aparentemente más poderosos, que incrementan la injusticia, la exclusión y los gérmenes de muerte.

Pero la esperanza en la acción del Espíritu en las conciencias y en la historia hace que, a pesar de la perplejidad que pueden provocar las nuevas situaciones, el cristianismo latinoamericano siga hacia adelante, no sólo en su fe escatológica y en su amor preferencial a los pobres, sino también en su trabajo paciente por la liberación integral.